



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Las Sacerdotisas del trabajo*, por D.^a Angela Grassi.—*A Matilde Di Franco* (poesía), por D.^a Emilia Mijares del Real.—*Un trajede glasé* (continuacion), por D.^a Enriqueta Lozano de Vilches.—*Variedades*.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin* núm. 869.—*Figurin de Peinados*.—*Pliego de Dibujos y Patronos*.

REVISTA DE MODAS.



POCO á poco nos vamos acercando al período en que la Moda se ostenta en todo su esplendor! Los paseos, los teatros, las comidas de etiqueta, las tertulias íntimas y los bailes, forman el animado palenque en que la Moda obtiene victorias repetidas, en competencia con la tradicion, que ante este adversario es adalid siempre vencido. ¿Quién se atreve á celebrar hoy lo que nos agradó ayer? ¿Quién se permitiría entrar en un salon con un traje de forma pasada ya? ¡Oh, no! El nuevo invierno se aproxima y la *Moda nueva* se adelanta á recibirle. Bien venida la Moda que extiende su dominio desde el santuario del hogar al animado paseo; desde el teatro, templo de las artes, al salon centro del esplendor y la galantería!

La Moda este invierno se presenta ostentosa, ofreciéndonos distintos trajes para los distintos actos de la vida, con mas escrupulosidad que nunca: en lo general la hallamos severa, distinguida.... En alguna que otra excepcion atrevida, escéntrica.... pero aun entonces encantadora!

El traje corto es el traje propio, no solo de la mañana, sino del paseo y la visita de confianza, y en el Retiro y en la Fuente Castellana se ven ya trajes cortos á cual mas distinguidos, como los admiramos tambien en el Salon del Prado el dia del entierro del señor Duque de Tetuan. El hermoso dia, unido al importante asunto que fijaba la atencion general, convocó al Salon del Prado numerosa concurrencia, y en ella las damas mas distinguidas se marcaban ostentando el traje corto de vestir. Los vimos en grós de París, y raso negro y azul de un corte irreprochable, bien con dos faldas combinadas en distinto color, bien ambas de uno solo, que es la verdadera elegancia. Los flecos y los bieses de raso son los adornos preferidos para estos

trajes, y con especialidad los primeros, que guarneciendo los pabellones de la segunda falda, aumentan su gracia y riqueza. La falda primera se hace siempre lisa, y la segunda á grandes ondas, figurando paños montados unos sobre otros, ó ligeramente fruncidos en las costuras para marcar mejor el pabellon, obteniendo tambien gran favor las que van abiertas por los costados, y unidas ambas orillas por presillas de cordon con borlas, iguales al fleco que guarnece su orilla inferior. Esta combinacion no conviene mas que para faldas de grós ó raso, haciéndose de hechuras mas sencillas cuando son de lana ó de paño fino, tela muy admitida para traje corto, pero de una sola falda, por el gran peso de la tela. Otro tanto recomendamos para los de terciopelo, que adornados con raso ó con piel al borde, vendrán en breve á completar la rica variedad del traje corto: estos en telas pesadas deben ser de una sola falda, que deje ver el pié, y llevar por complemento el paletot igual, bien recto y holgado, bien ceñido, con aldeta de pico por delante y por detrás. Las señoras que usen con mas frecuencia la mantilla que el sombrero, deben adoptar los de esta última forma, que descubre el talle y hace mas airosa la figura.

Para la visita de etiqueta es todavía indispensable el traje largo, muy nesgado y con excesiva cola: para dar perfecta idea de esta clase de trajes reseñaremos el que vimos á una señora, citada siempre por su elegancia, en una visita en que la hallamos no hace muchos dias. Llevaba un traje de escaso vuelo y excesivo largo, de terciopelo felpa, color de pensamiento. (*Figurin* 869.) La falda sin ningun adorno iba cubierta hasta la mitad por una polonesa de igual tela, que marcaba el talle sin ajustarle, cerrando torcida desde el hombro izquierdo al costado derecho por medio de botones y ojales, adornando además el pecho y falda de la polonesa grandes palmas bordadas con seda negra: un anch

encaje negro terminaba la polonesa, y gran manga perdida de encaje iba sobre la justa de la misma tela del traje, completando éste tan rico y severo, un cuellecito alto y liso, y un sombrero en epínglé blanco de copa baja y ala ondeada, con bandó plegado de color de pensamiento, que se repite por detrás en lugar de bavolet, pluma de los dos colores y bridas de raso blancas.

La hermosa niña que la acompañaba ostentaba falda paletot de terciopelo negro, la primera con cenefa en el bajo formada por junquillos de rasoblanco. El paletot, recto y prolongado por delante y por detrás, iba forrado de raso blanco y orillado de piel de cisne con manga perdida y otra justa interior, completando el infantil atavío un gorrito húngaro de terciopelo negro con pluma blanca.

La dama aristocrática que las recibía, vestía una *bata-sotana* de seda azul lisa y con cola, ceñida al talle por un cordón de seda azul, con borlas: sobre ella tenía un sobre todo ó polonesa holgada del talle y sin mangas, para dejar ver las azules, justas, hecha de seda gris, con terciopelos azules alrededor. Su cabeza, sencillamente peinada, iba cubierta por una cofia de encaje blanco, cuyas puntas anudadas caían por la espalda.

Las reuniones de confianza han principiado ya, y se anuncian bailes y conciertos para días muy próximos. Ha llegado, pues, el turno á los trajes de salón! Estos se hacen largos, muy largos, como si quisieran abusar de esta ocasión única que la Moda les permite! La tela preferida para ellos, es el raso blanco, botón de oro y verde-noche. Para comida ó concierto, se harán algunos en color Bismark y llama del Vesubio, colores fuertes y no siempre favorables al rostro. También en estos trajes domina la doble falda con pabellones ó aberturas, adornadas, así como el cuerpo, de encajes, bieses, ó plumas. Para estos trajes de salón, reina el gusto Luis XV con toda su ostentosa riqueza! Los cuerpos escotados se hacen de talle muy corto y manga de pequeño bullon, adornando los escotes estrecho encaje, pluma ó bieses, reemplazando estos pequeños adornos á las abultadas bertas de otros años: la Moda actual favorece á los cuerpos bien formados, que lucirán doblemente con la sobriedad de adornos.

Para trajes de baile reinará como otros años sin rival el tul, la tarlatana y las túnicas de encaje. Los trajes de raso

blanco son los trajes de verdadera economía entre todos los de salón, por prestarse á mil distintas combinaciones. Un traje de raso blanco admite toda clase de adornos, y liso ó con ellos, es siempre el traje rico y distinguido por excelencia, sirviendo por fin para traje interior de uno de baile, con faldas de tul blancas ó de cualquier color. Así, pues, el traje de *glasé* y raso blanco, es el indispensable en el guarda-ropa de la dama que frecuente la alta sociedad!

Como accesorios de estos trajes, citaremos los grandes lazos de raso con aplicaciones de encaje en las puntas, muy á propósito para recoger la falda superior, los grupos de flores ó plumas, el collar *odalisca*, que adorna por sí solo todo el peto del vestido, y las anillas para adornar los cinturones. Estos ya no tienen el carácter de accesorio, constituyendo en la actualidad una prenda principal del traje. Se hacen de raso de color distinto al del vestido, bien prolongándose redondos por delante y por detrás, bien terminando por detrás con anchas caídas ricamente bordadas y con flecos ó encajes en la punta. Para sujetarlos al talle se han inventado multitud de objetos á cual mas escéuticos... Perdonad, aún no os había citado, bellas lectoras, ni una sola excentricidad de la Moda, aunque lo anuncié al principio. ¿Sabeis lo que sirve para ceñir las cinturas á los talles de nuestras damas? Áncoras, gorro y látigo de jockey, abejas, candados, y hasta cerraduras con su llave! No os riais, aunque acaso la Moda haya tenido el capricho con esta invención de hacer asomar la risa á vuestros lábios de rosa! Sí, lectoras mías, uno de los últimos trajes que hemos visto hecho en París, trae un ancho cinturón sujeto por detrás con anillas de oro y con grandes caídas terminadas por fleco, y ostentando cruzada de una á otra orilla una gran cerradura dorada, y pendiente de ella por una cadena, una llave del mismo metal y del tamaño de las de una puerta regular. Esto es convertir á las damas en carceleras..... ¿Tendrá acaso la Moda su legítima interpretación? A las llaves y los candados preferimos las áncoras y las avispas, siempre de gran tamaño: estas últimas exigen el cinturón bordado de flores.

Para los adornos de cabeza que deben acompañar á estos trajes, remitimos á nuestras lectoras á los adjuntos figurines de peinados, y á las que no tienen derecho á ellos, á sus descripciones.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LAS SACERDOTISAS DEL TRABAJO.

Era en 1729: representábase en Mondovi, risueña ciudad de Italia, una de tantas escenas dolorosas como suelen

representarse incesantemente en este valle de lágrimas. Una viuda pobre iba á entregar su espíritu al Creador, dejando sola y sin amparo á una niña de trece años. A la cabecera del lecho de la moribunda rezaba las oraciones de los agonizantes un venerable sacerdote; á sus piés gemía la niña sin ventura, y junto á un altar improvisado, sobre el cual se veía un Crucifijo alumbrado por dos cirios, oraban puestas



Jules David

Lamoureux imp. r. Lacépède, 38, Paris

Ad. Goubaud Ed. Paris.

GERVAIS 869

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu 92

Coiffures de M^{me} Picffort, r. Grange Batelière, 1. - Modes de M^{me} Alexandine r. Meyerbeer, 2. (Ch. d'Antin)
 Costume d'enfant de la M^{me} Au Cardinal Fesch r. N. St Augustin, 45. - Plumes et fleurs de L. Coudré (Gilmou), r. Richelieu, 104.
 Corsets de M^{me} Bruzeaux, F. Poissonnière, 4.

Rubans et Passementerie Ala Ville de Lyon rue de la Chaussée d'Antin, 6. | Lingerie de M^{me} Brémont à la Couronne Impériale, r. N. des Petits Champs, 76.
 Sous jupes acier E. Creusy Baudeliev et Roche Rue Montmartre, N. 133. | Parfums de Violet fournisseur de S. M. l'Impératrice, rue St. Louis 317

Entered at Stationer's Hall.

LONDON, E. Weldon 22, Tavistock Street Covent Garden, W. C.

MADRID El Correo de la Moda D. M. Grassi

de hinojos algunas mujeres de la vecindad que habian acudido presurosas al llamamiento de la desdicha.

—Rosa, Rosa, exclamó de repente la moribunda incorporándose sobre el lecho: *Vivirás de tu trabajo*. Esto dijo Dios á Adán al cerrarle las puertas del Paraíso. Solo el trabajo puede redimirte de la esclavitud del demonio, le dijo, solo el trabajo puede darte paz y felicidad en el mundo y un lugar entre mis elegidos, cuando se termine tu peregrinacion sobre la tierra. Rosa, en este solemne instante, yo te repito ese precepto de Dios: jura acatarlo siempre.

—Lo juro, madre del alma mia, lo juro! exclamó la niña prorumpiendo en desolados sollozos, y arrojándose en sus brazos.

Brillaron los ojos de la moribunda con un resplandor de alegría inefable, estendió ambas manos sobre la rubia cabeza de su hija, dándole la bendicion postrera, y cayó sobre el lecho desplomada.

¡Habia muerto!

Rosa cumplió su palabra, y honró la santa memoria de su madre por medio del trabajo. Lo que empezó siendo un rasgo de amor filial, acabó por ser en ella una necesidad imperiosa de la vida. El trabajo consolaba sus penas, la proporcionaba una honrada independencía, y la conciliaba el afecto y el respeto de cuantos la conocian.

Creció; se embelleció.

—¿Por qué no te casas, Rosa? la preguntaban á veces sus amigas. Hallarias, si quisieras, mil jóvenes honrados que te preferirian entre todas por tu laboriosidad y tus virtudes.

—No me basta el amor de un esposo para satisfacer mi alma, no bastan á mi actividad los cuidados de una familia, respondia. Se eleva una voz dentro de mi corazon, voz confusa que me habla de otro superior destino.

Un dia halló en las calles de Mondovi á una niña descalza, sucia y haraposa que pedia limosna.

—¿No tienes padres? la preguntó.

—No, dijo la niña llorando. Mis padres han muerto, estoy sola en el mundo.

—Vente conmigo, exclamó vivamente Rosa. Dormirás en mi propio lecho, beberás en mi misma taza; pero *vivirás de tu trabajo*.

La huérfana aceptó.

Desde entonces fueron dos las que compartieron penas y alegrías. Otras niñas abandonadas tuvieron envidia de su felicidad, y pronto fueron tres, seis, diez. Rosa las recogia con santo júbilo, convirtiéndolas en sacerdotisas del trabajo. Habia descubierto su verdadera vocacion: habia hallado la obra caritativa á la cual deseaba consagrarse.

El mundo en su materialismo no puede comprender las cosas demasiado sublimes, asi como el corto de vista no acierta á divisar los bellísimos paisajes de la naturaleza. El mundo frívolo, satirizó aquella asociacion de jóvenes lindas, cuya directora era tan joven y tan linda como ellas, y esparció tales calumnias, forjó suposiciones tan malignas, que Rosa se vió precisada á recurrir á la autoridad para ponerlas coto.

Afortunadamente la calumnia es como la niebla que la noche amontona sobre el horizonte, y que se disipa al primer rayo del sol. El sol de la verdad iluminó los ojos de los

dignos magistrados de Mondovi, que la acogieron con entusiasmo bajo su proteccion, y la concedieron un local espacioso en donde pudiese establecer un taller para elaborar la lana.

El cielo habia bendecido su obra; el establecimiento se llenó de huérfanas y mendigas.

Pero su magnánimo corazon no se satisfacía con esto, no le bastaba arrancar á la miseria, quizás al deshonor, cincuenta ó sesenta jóvenes; hubiera querido estrechar sobre su corazon á todo el universo desvalido.

En 1755 partió para Turin, y despues de inauditos esfuerzos y singular constancia, logró que el Municipio le otorgase algunos aposentos de los Padres del Oratorio, y algunas camas y mesas de los cuarteles militares.

El establecimiento fundado bajo tan pobres auspicios prosperó rápidamente. No se hablaba de otra cosa en Turin: los hombres admiraban el talento y el infatigable celo de Rosa; las madres la bendecian. El rey Carlos Manuel III quiso verla, y subyugado por su modesto aspecto y su callurosa elocuencia, no solo la concedió mas amplio local para su institucion en el convento de los Hermanos de San Juan de Dios, sino que quiso que el nuevo establecimiento fuese reconocido por el Estado, que se le diese una regla y tuviese un nombre.

Llamósele por lo tanto, segun su voluntad, el establecimiento de las Rosinas, y algunos dias despues se leia sobre la puerta del edificio esta inscripcion:

Vivirás de tu trabajo.

Nobles y dignas palabras que Rosa habia recogido de los lábios de su madre moribunda, y habia trasmitido en Mondovi á su primera protegida.

Pero tampoco descansó aquella alma generosa y enérgica despues de su segundo triunfo. Apenas hubo organizado la asociacion partió de Turin y recorrió varias ciudades de Italia, obteniendo un éxito brillante. Novara, Fossano, Saluci, Chievi y Savigliano se gloriaron de ser las primeras en tener un establecimiento de Rosinas.

Completa ya su obra y rendida de fatiga, quiso descansar en el seno del Creador; y rindió su espíritu en Turin, rodeada de sus amantes hijas.

Hiciéronsele tiernas mas bien que suntuosas exequias, y fué enterrada en una pequeña iglesia, en donde se vé todavía su sepultura con la siguiente inscripcion:

«Aquí descansa Rosa Govona de Mondovi, que desde su mas tierna edad se consagró á Dios, para cuya gloria fundó en su patria y en otras ciudades, asilos destinados á las jóvenes pobres, á las cuales dió excelentes reglas, infundiendo en sus tiernos corazones el amor de Dios y del trabajo. Durante su administracion de mas de treinta años nunca se desmintió su ardiente caridad y su singular firmeza. Pasó á la vida eterna el 28 de Febrero de 1766 á la edad de sesenta años.

Sus hijas reconocidas consagran este monumento á la que fué su madre bienhechora.»

Rosa murió, pero su obra santa subsiste todavía. El viajero que hoy llega á Turin se detiene y contempla con asombro á las modestas jovencillas que pasan por su lado, lle-

vando con suma gracia un traje, mitad seglar y mitad religioso: son Rosinas.

En los establecimientos fundados por la noble hija de Mondovi se reciben niñas de trece á veinte años que carezcan de medios de subsistencia, y se juzguen aptas para el trabajo.

El de Turin es un centro manufacturero en donde se elabora la seda y se fabrica el precioso gró de Nápoles, las levantinas, el raso, y principalmente las cintas. Tambien se fabrica el lienzo. Los talleres de lana se hallan establecidos en Chievi.

Como otra cualquiera empresa comercial en grande escala, la casa de las Rosinas tiene almacenes públicos en donde se venden los productos de su trabajo, y á ellos acuden con preferencia, tanto los particulares como los comerciantes, para proveerse de géneros, porque saben que los encuentran buenos y á módicos precios.

Tambien el Gobierno contribuye por su parte á la prosperidad del establecimiento, surtiéndose en él de todo el lienzo necesario para el equipo del ejército.

Tal es la institucion, verdaderamente admirable, que supo fundar con el solo poder de su voluntad y su magnánimo corazon, una pobre mujer huérfana y oscura.

Su ejemplo nos demuestra, cómo sin imponer ningun gravámen á los ciudadanos, se podrian fundar vastos asilos de socorro en donde el pobre, dejando la pública beneficencia para los ancianos y los enfermos, aprendiese á bastarse á sí mismo, y á buscar un tranquilo bienestar en el trabajo.

Madres de nuestra época azarosa y triste: madres infelices que besais con tanto júbilo la rubia cabellera de vuestras hijas; ¿no habeis pensado nunca, al ver el flujo y el reflujó de los acontecimientos que se suceden unos á otros en rápido torbellino; al ver elevarse y desaparecer las fortunas, tambalearse los tronos y cerrarse los talleres, no habeis pensado nunca, repito, que quizás mañana, quizás hoy, se trocará vuestro modesto bienestar en desnudez espantosa, y que ese ángel de casta y dulce sonrisa tendrá que luchar con la miseria, acaso con el deshonor, y acaso, ¡ay! acaso sucumbirá en la lucha, rastreando sus alas sobre el lodo? Y si habeis pensado todo esto, ¿no habeis buscado con angustiosa ansiedad una tabla salvadora en medio del naufragio, una estrella brillante en el nublado cielo?

La tabla salvadora, la brillante estrella es el trabajo: el trabajo que redime al esclavo, y le dá derechos de soberanía en todos los ámbitos del globo.

Peró ¿cómo? habeis dicho tal vez con creciente angustia: el trabajo individual, el trabajo de una mujer es débil é impotente, mas débil é impotente hoy, porque tiene que luchar con las enemigas máquinas que todo lo devoran.

¡Ah! sí, teneis razon!

Los filósofos y moralistas de nuestros dias se ocupan con incesante afán del destino de la mujer, de su significacion social, de sus altos é importantísimos deberes. ¡Pala-

bras huecas, palabras vanas! ¡Vasto edificio de espuma elevado sobre las olas movibles y fugitivas de los mares! La mujer para ser fuerte, para conservar su dignidad, su virtud, su independendencia, necesita que en el dia de la amargura pueda ganar honradamente un pedazo de pan para sí y para su familia.

¿Cómo? ¿Pretendeis que no sea frívola, que no cifre todo su afán en embellecerse con diges y con galas, único medio de cautivar al que puede ofrecerla un asilo en sus viejos dias; pretendeis que no se degrade, pronunciando delante de los altares un falso juramento, y no la ofrezcáis ningun medio para conservar su libertad, no la abris ningun camino en donde pueda sentar su planta sin temor á las espinas? ¿Con qué derecho la motejais? ¿Con qué derecho esculpís en su frente el sello de los réprobos? ¿Acaso se pueden exigir pensamientos nobles y levantados al que arrastra su abyecta existencia entre cadenas?

Mañana la infeliz que no habrá recurrido al artificio para conquistar un hogar doméstico, sea el que quiera, gemirá en la orfandad y el desamparo, á merced del individuo de su familia que se digne ofrecerla una guarida, y deje caer en su mano las migajas del festin que saborea con su esposa y con sus hijos. Y fortuna será para ella hallar ese pariente ó ese estraño que la dé un asilo, porque de otro modo tendrá que recorrer las calles pidiendo por amor de Dios una limosna.

Filósofos y moralistas, antes de dirigir consejos ó recriminaciones á la mujer, buscad el modo de que pueda bastarse á sí misma por medio del trabajo de sus manos. No pretendo que se abran para ella cátedras ni liceos; no pretendo que á imitacion de otros países penetre en el frio santuario de la ciencia y se corone de lauros en vez de coronarse de rosas, pero sí que se la faciliten los medios para ejercer artes útiles y provechosos, compatibles con sus domésticos deberes y los instintos modestos de su sexo.

Peró, ¿á qué buscar el apoyo de los filósofos y los moralistas? A vosotras acudo, madres de nuestra época azarosa y triste: época de ansiedad, de expectativa, de terror, en que el pié va avanzando por un terreno de movediza arena próxima á desplomarse, en que los ojos solo divisan opacas nieblas en el confin del horizonte; á vosotras acudo, en vosotras confio: escuchad mi voz, atended á mi llamamiento; un óbolo, un solo óbolo que depositeis para fundar un asilo en donde hallen pan vuestras hijas algun dia, será la obra mas meritoria que podais llevar á cabo! La asociacion es la gran base de la caridad: una caña sola se quiebra; muchas cañas juntas resisten á los embates del vendabal que troncha los árboles gigantescos!

¡Oh! feliz la que entre vosotras se convirtiese en Rosa Govona del siglo diez y nueve, y pudiese inscribir en la puerta del hospitalario recinto:

¡Vivirás de tu trabajo!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

A MATILDE DI FRANCO.

Matilde, niña inocente,
Del arte en el claro cielo
Te he visto, tender el vuelo
Como el águila caudal.

En esa edad indolente,
En que avecillas del suelo,
Os dormís tranquilamente
Bajo el ala maternal.

Yo te he visto, niña hermosa,
De mil almas embeleso,
Y una sonrisa y un beso
Te envió mi corazón.

Como en el Abril la rosa,
De las auras al arrullo,
Brillabas entre el murmullo
De entusiasta admiración.

Génio benéfico, hada
Que protege los amores,
Ó que ahuyenta los dolores,
Las sospechas del hogar.

Como en la tormenta airada
El iris que Dios envía,
Tal te he visto, vida mía,
Y tal debes continuar.

¡Ay! tú que interpretar sabes
Quejas y angustias ajenas,
Tendrás lágrimas y penas
Dentro de tu corazón.

Y tendrás cuidados graves,
Entre sombras y entre lucha;
Que cual al vulgo se escucha
No es el drama una ficción.

Es un pálido reflejo
De la vida triste é inquieta,
Que la piuma del poeta
Solo alcanza á bosquejar.

En los recuerdos del viejo,
Y hasta en la misma inocencia,
Hay dramas que la conciencia
Puede sola contemplar.

Pero no me escuches, juega
Con las aves y las flores,
Sueña felices amores,
Y vé de la gloria en pos.

¡Dichoso el que á anciano llega
Rodeado de cariño,
Y con el alma de niño
Sube hasta el seno de Dios!

EMILIA MIJARES DEL REAL.

UN TRAJE DE GLASÉ.

(CONTINUACION.)

Durante esta conversacion, las dos niñas hablaban tambien, aunque su conversacion era muy distinta en verdad.

Adela, que era la antítesis de su hermana, Adela á quien seducian las galas y el lujo que veia en otras, y que en vez de sentir las penas y las privaciones de sus padres, sentia solo tener que ocuparse en labor alguna, y no poder usar ricos vestidos y costosos adornos, deslumbrada en aquel instante por la elegancia de Diana, la miraba con envidia y admiracion, y despues de algunas palabras insignificantes en un principio, la habia dicho al fin, cediendo al pensamiento que la dominaba siempre.

—Qué bello es ese traje, señorita, y sobre todo, qué bien la sienta con ese sombrero y ese chal.

—¿Le gusta á Vd., Adela?

—¡Oh! sí, murmuró la hermana de Luisa.

—¿No tiene Vd. ninguno que se le parezca?

—Yo trabajo noche y dia sin descanso, y lo que es peor sin utilidad alguna.

—Cómo!

—Porque lo que gano lo emplean mis padres á su antojo.

Diana guardó silencio un momento, pues aunque las palabras de Adela le parecieron mal, era muy niña aun para darles una contestacion severa y digna. Pero como venia decidida á hacer un donativo á aquella familia, creyó llegada la ocasion de ejecutarlo de una manera oportuna y delicada.

—Esta niña, pensó, dice que sus padres invierten cuanto gana, entonces dándole á ella este oro, sus padres lo gastarán de una manera conveniente. Ella me inspira mas confianza, porque ese digno anciano, esa pobre señora, me causan respeto, y temeria ofenderles ofreciéndoles mi oro.

Diana, que habia hecho estas reflexiones con suma rapidez, y merced á lo claro de su talento y á lo elevado de su alma, sonrió de una manera dulce y amable, y acercándose mas aun á la niña, la dijo despues de vacilar un momento:

—Si le gusta á Vd. mi vestido, ¿quiere Vd. comprar uno igual?

—¡Yo! contestó Adela con profunda admiracion.

—Sí, ¿qué hay de extraño en eso?

—Hay, que costaria mucho dinero y nosotros no le poseemos,

—Le tengo yo, y entre jóvenes de una misma edad bien pueden prestarse este pequeño servicio.

Adela, cuya mirada brilló un instante con un destello fugitivo, miró á Diana, y replicó:

—Muy dichosa seria en ello, pero...

—No me crée Vd. digna de ser su amiga?

—Darla ese nombre seria una felicidad para mí: Vd. es rica, ocupa una posición muy hermosa, y yo me llenaría de orgullo con poder ser su compañera.

—Enhorabuena: tome Vd. mi pequeño don, y esta será la primera prueba de amistad que le merezca.

Adela extendió su mano, y por un impulso irresistible tomó aquel oro, sin pensar siquiera que era la primer vez que veía á la que se lo ofrecía tan generosamente. Además, ella no sabia si Diana estaba autorizada por su aya para disponer de aquella suma, y si haría un grave mal en aceptarla; ocurriéndosela solo que ya podría comprar un traje rico y elegante como el de la bella señorita.

La niña entregó á su protegida dos grandes monedas de oro diciéndola:—Supongo que Vd. entregará ese dinero á su madre antes de hacer uso de él.

—Yo lo creo, respondió Adela con los ojos fijos en el bolsillo, y temiendo que su compañera se arrepintiese de su generoso ofrecimiento, destruyendo de este modo los sueños dorados que le había hecho concebir.

En este momento la voz de D.^a Luz se dejó oír, diciendo á la niña:

—Vámonos, hija mia, se hace tarde ya.

—Cuando gustes, querida aya, dijo acercándose á doña Luz, de modo que ésta pudo decirle muy bajo.

—¿No vas á ofrecerle las dos onzas que traías?

—Ya lo he hecho, contestó Diana en el mismo tono. Adela las tiene, y ella las entregará á sus padres.

—Vamos, pues.

D.^a Luz se despidió de sus amigos, y acompañada de la niña, cuya educación dirigía, salieron de aquella casa, donde las había llevado el deseo de sembrar un beneficio.

Cuando estuvieron en la calle preguntó D.^a Luz con interés.

—¿Por qué has entregado el dinero á esa niña y no á sus padres, Diana?

—Qué sé yo: esos ancianos me inspiraban respeto, y no hubiera podido resistir la expresión de su agradecimiento: ¡yo, tan niña, ellos tan venerables! ¡oh! no; prefiero que no sepan que les he hecho ese regalo hasta que estemos lejos de aquí.

—Tienes razón, dijo D.^a Luz, de ese modo, evitando los elogios que tu acción te hubiera granjeado, has completado tu buena obra haciéndola solo por un impulso de tu alma, y no buscando en ella alabanza ni publicidad.

V.

Cuando Diana y su aya abandonaron la pequeña habitación en que se hallaban D. Diego y su esposa, Adela se adelantó gozosa hacia ellos, y dijo con afán:

—Mamá, mamá, ya puedo comprar un traje nuevo, tan rico como el de esa señorita que acaba de salir de aquí.

—¿Qué dices, hija mia? preguntó admirada D.^a Isabel.

—Que ella acaba de regalarme el importe de él. Mire Vd., mire Vd., y al decir esto ponía en las manos de su madre las dos monedas, obligándola á tocarlas, y diciendo al mismo tiempo.

—Son de oro, véalo Vd.

—¿Será posible! exclamó la pobre mujer llena de asombro: Dios mio, ¡treinta y dos duros!

—Pero... dijo D. Diego interviniendo en la conversación, ese dinero...

—Me lo ha dado, me lo ha dado á mí; contestó Adela rápidamente:

—Luego ¿es nuestro?

—Ya lo creo, es mio, y...

—Gracias, Dios mio, murmuró D.^a Isabel juntando las manos; con eso sobra para que mi pobre hijo vaya al campo, podamos costear su viaje, vivir nosotras un mes, y aun hacerle alguna ropa para que se presente dignamente en casa de su amigo.

—¿Qué dice Vd., mamá? se apresuró Adela á decir, tendiendo maquinalmente sus manos hacia aquel dinero.

—Que la Virgen ha hecho un milagro con nosotros, hija mia, y que debemos darle gracias bendiciendo su misericordia.

—Pero... ¿y mi traje? balbuceó la niña mientras sus mejillas se teñían de un subido carmin. Esa señorita me ha dicho que le comprase igual al suyo, y yo creía...

—Adela, dijo la madre con severidad, ¿te olvidas de que tu hermano está enfermo, te olvidas de que es nuestro sosten, nuestro apoyo, y que si él muriera, tu madre moriría también?

—Es que...

—Esas galas, esas telas no se han hecho para tí, hija mia, nosotros somos pobres, y los pobres deben buscar su principal adorno en la honradez, en la modestia, en la virtud.

—Y he de estar siempre tan pobremente vestida, añadió la niña aun.

—Y ¿qué importa? Dios ha marcado á cada uno su puesto en la sociedad, y la que le ocupa dignamente, la que cumple con sus deberes, vale tanto con un vestido de indiana como con un traje de gasé.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHES.

VARIEDADES.

El gorro negro.

CUENTO.

I.

Convengamos en que el hombre se equivoca la mayor parte de las veces al formular los juicios que le merecen las acciones humanas, lo mismo respecto de los hechos que de los individuos.

Por ejemplo: yo había abrigado siempre la convicción de que ayores plagas que pueden afligir á un joven, es la de tener que luchar con uno de esos parientes quienes el vocabulario familiar, y aun el diccionario de

la Academia señala con el nombre, algo gráfico, de *tios*, mucho más si éstos no tienen una pingüe fortuna y una longevidad capaz de halagar las esperanzas del sobrino más exigente.

Pero yo vivía en un lamentable error. ¿Por qué no he de confesarlo? Error que viene á probar lo que arriba llevo dicho, sobre el poquísimos acierto de los juicios humanos.

Hoy día he variado de opinión. ¿Quién no ha hecho lo mismo alguna vez en su vida?

Y si de sábios es mudar de consejo, quiero imitar á los sábios por un instante.

Así, pues, en la actualidad estoy convencido de que uno de los ornamentos de la educación de un joven, es la existencia de un tío, por más pobre, viejo y raro que éste sea.

Yo puedo hablar algo sobre el particular.

II.

Yo tuve un tío llamado Casimiro.

Presumo que en la actualidad está gozando de Dios, si en descargo de sus pecados se le han tomado en cuenta los malos ratos que le hice pasar, y los sinsabores que le proporcioné.

Mi tío Casimiro podía equivocarse muy bien con una interrogación, pues era una curvatura completa, desde la coronilla hasta las plantas de los pies.

Decían los que le habían conocido joven, que había sido buen mozo, lo cual hoy me da á entender el deterioro de que es susceptible un hombre cuando llega á cierta edad.

Es decir, la edad de mi tío no era cierta.

Él ocultaba su fé de bautismo, como un objeto infamante, no porque tuviera que avergonzarse de su nacimiento, sino porque aquel documento revelaba una cosa de que no quería convencerse, esto es, que iba siendo viejo, mejor dicho aun, que ya lo era.

Mi tío hubiera querido sobornar el tiempo, pero no para precipitar su curso, como el personaje de Ayala en *El Tanto por ciento*, sino para detenerle.

Mil veces le oí asegurar que los treinta años es una edad muy bonita para estancarse un individuo, que ya ve en lontananza formarse en el horizonte de su vida esa tempestad que lanzará de su seno á guisa de rayo destructor, el flato, la gota y otros achaques.

Por lo demás, mi pariente no hacía traición á la costumbre.

Tomaba rapé, tosia, y tenía un genio de todos los diablos, circunstancias que han adornado á todos los tios, desde Moisés hasta Moratin, y posteriormente.

Desde que salí de la niñez para entrar en la adolescencia, empecé á vivir á su lado.

Mi entrada en su casa se señaló por las primeras declinaciones latinas, que él mismo me impuso todos los días al amanecer, á guisa de chocolate.

A su lado, la conjuración de Catilina y las cartas de Ciceron, eran bostezos; Virgilio se me hizo odioso y agoté el vocabulario de las maldiciones sobre el Calepino.

III.

Sin embargo, yo quería á mi tío Casimiro, por más que casi nunca se prestase á mis peticiones de metálico.

Lo que odiaba en él era su empeño en enseñarme latin, y un objeto de su uso que nunca le abandonaba.

Su gorro negro.

Un gorro de punto de seda, de figura cónica, que jamás se separaba de su cabeza, haciendo en ella el papel del pelo.

Doce años viví en compañía de mi tío, y no le conocí sino el mismo.

Yo no podía comprender, ni aun comprendo ahora, que un objeto pueda durar tanto, no siendo de bronce ó piedra, mucho más, si se hace de él un uso tan immoderado.

No creo que nadie haya conocido á mi tío sin su gorro negro.

En la calle, en la iglesia, en el lecho.... eternamente clavado, adherido á su cabeza, como si fuera parte de la epidermis....

A la verdad que aquello era irritante.

Yo había empezado por reirme de aquel gorro, y concluía odiándole, aun cuando en el día es un objeto querido que nunca se aparta de mí.

Ahora bien, ¿cuál era la causa de aquel odio?

No era el aire extraño que imprimía al rostro de mi tío, asemejándole ya á un sacristan, ya á un dominguillo....

No por cierto.

En más de una ocasión me había dicho el buen anciano:

—Cuando yo me muera, aseguraré tu felicidad, dejándote por toda herencia mi gorro negro.

Estas palabras que al principio tomaba yo por una broma, repetidas una y otra vez, habían llegado á herir mis esperanzas de sobrino.

Yo no deseaba la muerte de mi bienhechor, pero.... tengo al menos la franqueza de confesarlo, tal cual vez había llegado á abrigar la idea de verme dueño de sus ahorrillos.

¡Y saber qué de estos no me correspondería más que aquel mugriento y maldito gorro!

Desafío á todos los gorros negros, ya sean de seda, ya de algodón, á que con tales antecedentes no conjuren sobre sus puntos el odio eterno, inextinguible de todos los sobrinos.

Mi rencor llegó una vez hasta el grado de atentar á la integridad de aquel objeto.

Me acuerdo que una tarde, en ocasión en que mi tío dormía la siesta, me aproximé al respaldo de su poltrona de cuero, con un cortaplumas en la mano derecha y un pensamiento siniestro en la mente.

No el de asesinar á mi tío, sino el de destrozar aquella inmunda prenda de su vestido, objeto eterno de mi odio.

Pero inútilmente.

La hoja del cortaplumas, que era de finísimo acero, saltó en pedazos, como si las mallas de aquel gorro tuvieran la consistencia de una cota de Milan.

Ni el más leve indicio de mi intentona se descubría en ellas.

Desde aquel día el gorro empezó á inspirarme un supersticioso terror, de que no acertaba á darme cuenta.

IV.

En fin, mi tío Casimiro, que no tenía ningún motivo para ser inmortal, murió cuando menos lo esperaba, y eso que su edad y sus achaques no podían prometerle otra cosa.

Abrióse el testamento en presencia del escribano, dos albaceas y yo.

Nunca podrá olvidárseme aquella escena, por la impresión que en mí produjo la lectura del tal documento.

El difunto, fiel á su palabra, dejaba á su sobrino por heredero de todos sus bienes, los cuales consistían únicamente en el maldito gorro negro.

(Se continuará.)

PEDRO ESCAMILLA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Peinados.

NÚMS. 1 y 2. *Peinado para teatro*, compuesto de bandós dobles, bucles todo alrededor de la cabeza, y cocas en el centro de ella.

Ábrese para este peinado raya de una á otra oreja, y otra en medio de la frente, separando el pelo de cada rizo en dos partes, y la superior abierta además por la mitad, perpendicular. Con estas dos partes de pelo y por medio de almohadilla, se hace un bandó levantado á lo María Stuard, y otro encima del mismo modo, haciendo con las puntas del pelo un bucle debajo de las almohadillas, y con el pelo que se dejó antes otros dos mas bajos. El pelo de atrás se divide en dos partes, haciendo con la inferior un lazo en el centro, y bucles rodeados en el dedo y prendidos hasta encontrarse con los de los rizos; y con la otra mitad del pelo de atrás se hacen con relleno algunas cocas, que ocupan el centro de la cabeza: una ligera guirnalda de flores se coloca entre las cocas y los rizos.

NÚM. 3. *Peinado de sociedad*, compuesto de bandós, moña de cocas, cordon y tirabuzones.

La raya para este peinado debe abrirse como para el anterior, haciendo un bandó vuelto, sin armadura y muy rizado. El pelo de atrás va dispuesto en moña de cocas rodeada de un cordon del mismo pelo, completando el peinado un grupo postizo de tirabuzones cortos entre los dos bandós, y otro al lado izquierdo. Esprit de ramaje y margaritas sueltas entre el peinado.

NÚM. 4. *Moña postiza* hecha sobre armadura de tul y crepé: consta de cuatro cocas entrelazadas, y grueso cordon alrededor.

NUM. 5. *Otra idem* formada por un gran ruló al pié y un círculo quebrado, para lo cual se hace antes una coca á la derecha mas baja, y luego otras tres unidas en semi-círculo.

NUM. 6. *Moña* compuesta de cocas entrelazadas y rellenas de crepé.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NÚM. 1. *Mitad* del respaldo de la pililla que se repartió con el número anterior.

NÚM. 2. *Mitad* del delantero de la misma: ambas piezas figuran dobladas por la línea de puntos, y deben unirse por las puntas marcadas con estrella.

NÚM. 3. *Zapatilla*, bordada en paño con aplicacion de cachemir de distintos colores, sujeta la aplicacion con *cadena* á punto *Méjico*.

NÚM. 4. *Talon* de la misma.

NÚM. 5. *Vide-poche* ó papellera, bordada al *pasado* sobre moaré, y armada cada pieza por separado sobre un carton, uniéndolas por los costados: en la parte superior lleva una anilla para suspenderse á la pared, pero téngase entendido que va al revés presentada. La parte superior es la que resulta debajo.

NUMS. 6 y 7. *Cuello y puño*, bordados á punto *ruso*.

NUMS. 8 y 9. *Cuello y puño* de Holanda con embutidos de muselina moteada y entredós alrededor, bordado con negro á punto *ruso*.

NUMS. 10 y 11. *Entredoses*, bordados con trencilla y á punto *ruso*.

NUMS. 12, 13 y 14. *Cenefas*, bordadas á *plumetis*.

NÚM. 15. *Pañuelo*, bordado á *plumetis*.

NÚMS. 16, 17 y 18. *Escudos*, bordados al *pasado* y *minuto*.

NÚMS. 19, 20 y 21. *Cifras* sencillas para juegos de cama.

NUMS. 22 y 23. *Cifras* para pañuelos.

El *patron* que va á la espalda es de paletot holgado, prolongado en puntas por delante y por la espalda. Se compone de *espalda*, *delantero*, *costadillo* y *manga*, debiendo hacerse en paño ó terciopelo con cintas de lana, de plata, ó bieses de raso.

Explicacion del Figurin, núm. 1288.

Dos trajes de sociedad, ambos de forma de sotana, y con gran cola: el primero lleva volante al canto con rizado á la pegadura, escote cuadrado y camiseta de tul, que juega con la manga corta de bullon. El segundo lleva camiseta escotada y con manga corta, y corpiño suizo de raso, color de oro, lo mismo que el cinturon, con caidas, y el rizado que adorna el extremo de la falda.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.]

MADRID.—1867.

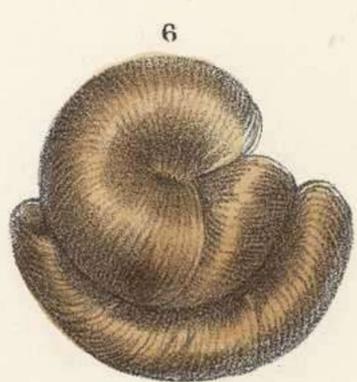
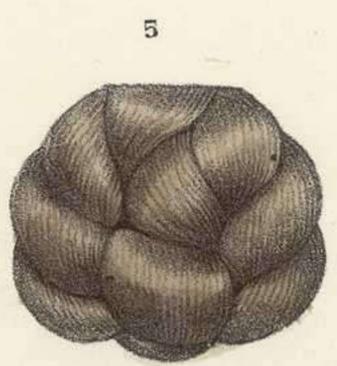
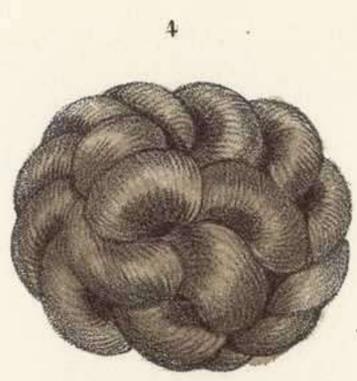
IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.



LES MODES PARISIENNES

*Coiffures de M^{me} Faucy Bardenet - Dentelles de la M^{me} Caliore - Rubans
 et Passementeries de la Ville de Lyon - Lingerie de la Couronne Royale - Fleurs
 de M^{me} Léontine Coudré - Jupons à traine de M^{me} Bouland - Corsets de M^{me} Vigouroux
 Foulards pour robes de la Malle des Indes - Parfumeries de la
 M^{me} Violet - Envois de la M^{me} Lassalle et C^{ie}*

Bureau du Journal, 20, rue Bergère



Novembre 1867

Imp. Cadart Paris

CORREO DE LA MODA

